

Antología del relato negro II



Ediciones
Irreverentes

ANTOLOGÍA DEL RELATO NEGRO II

Ediciones Irreverentes
Colección de Narrativa

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

De las obras: © Raúl Hernández Garrido, Pedro Amorós, Manuel A. Vidal, Andrés Fornells, Carlos Augusto Casas, José Manuel Fernández Argüelles, Manuel Villa-Mabela, Manuel Amorós, Alvaro Díaz Escobedo, José Enrique Canabal, Miguel Ángel de Rus

Octubre de 2010

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-71-2

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

ÍNDICE

El rey de los ratones	Raúl Hernández Garrido	7
El tren especial desaparecido	Arthur Conan Doyle	21
Incendio en el bosque	Pedro Amorós	47
La mujer del tren	Manuel A. Vidal	59
Lo que presencié un ladrón de guante blanco ...	Andrés Fornells	87
La noche de la araña	Carlos Augusto Casas	105
Los señores Burke y Hare: Asesinos	Marcel Schwob	115
La ciudad del tren	José Manuel Fernández Argüelles	123
Venganza	Alvaro Díaz Escobedo	137
Tocinín	Manuel Villa-Mabela	161
Una humilde propuesta	Manuel Amorós	183
Mi crimen favorito	Ambrose Bierce	191
Tiempo de luna de las hojas muertas	José Enrique Canabal	205
Una cama sumamente rara	Wilkie Collins	231
México, tal vez Colombia	Miguel Ángel de Rus	255

EL REY DE LOS RATONES
de
Raúl Hernández Garrido

RAÚL HERNÁNDEZ GARRIDO

Madrid, 1964. Dramaturgo reconocido con premios como El Espectáculo Teatral, el Lope de Vega, el Rojas Zorrilla, el Born y el Calderón de la Barca. Es guionista y director de los largometrajes *Escuadra hacia la muerte*, basado en la obra de teatro de Alfonso Sastre y *Antes de morir piensa en mí*.

Su primera novela es *Abrieron las ventanas* (II Premio Irreverentes de Novela). Ha escrito relatos incluidos en antologías como *Poeficcionario*, *250 años de terror* y *Microantología del microrrelato*.

Cuando se presentó el desgraciado con su lamentable aspecto, la Princesa se cubrió el rostro con las manos, exclamando: «Fuera, fuera, asqueroso Cascanueces.»

E. T. A. Hoffman

A la luz roja, Cascanueces reveló las últimas fotografías. Bien valían el precio que pensaba pedir por ellas, por alto que pareciera. Dentro de la cubeta, sobre el papel húmedo, primero surgió la figura de la chica. Luego, enroscándose al cuerpo de ella, apareció la del sujeto. Cascanueces aún utilizaba carretes, revelado y papel. Lo hacía porque así las pruebas contra el sujeto eran irrefutables. Nadie acusaría a Cascanueces de intentar pasar una falsificación hecha con un programa informático. Lo que Cascanueces ofrecía con sus fotografías eran pruebas de la pura realidad.

La imagen dudó, se resistió. Cascanueces contuvo la respiración y echó un vistazo rápido a la bombilla roja, sin dejar de mirar la cubeta. Por un momento, temió que el rostro del sujeto no se fijara, que todo el trabajo hubiera sido en vano. Sus temores se desvanecieron a medida que la imagen iba definiéndose y se reconocía en ella todo lo que se debía reconocer. La impresión era perfecta y nadie dudaría de la identidad del sujeto, ni mucho menos, de lo que estaba haciendo con la muchacha.

En su pantalón se abultaba el fajo de billetes. El cliente había quedado muy satisfecho con las fotografías; las había examinado con cuidado; sin preguntar nada más, había pagado una por una, y había desaparecido. Pero aún quedaban cosas por hacer. Cascanueces tenía

que ver a la chica para darle su parte. Además de pagarle lo estipulado, tenía por costumbre ajustar al alza sus honorarios según lo que le sacara al cliente. Él creía que así se implicaría más con su trabajo.

En el tiempo que llevaba con este tipo de encargos había tenido varias colaboradoras. Chicas con buen tipo, atractivas y guapas, aunque él prefería que no fueran excesivamente llamativas. Chicas que no tuvieran escrúpulos pero que a la vez fueran discretas, y que supieran apreciar lo que valía su pudor. Chicas, eso lo tenía claro, que no vinieran de la prostitución. Ese tipo de mujeres no eran buenas para su trabajo. En los primeros encargos, cometió el error de contar con una profesional. Tras un par de reportajes, la putilla se intentó pasar de lista. Cascanueces tuvo que actuar con firmeza con ella. No volvió a repetir con prostitutas.

Buscaba sus ganchos entre aspirantes a actrices, modelos, o azafatas. Una vez incluso colaboró con una cajera de un supermercado, que resultó ser una sorpresa. Trabajaba extraordinariamente bien, no levantaba ningún recelo entre los sujetos y lograba de ellos pruebas aplastantes. Desgraciadamente, su novio se enteró y ella le dejó colgado a medias con un caso.

La chica de ahora no era la primera que hacía eso para Cascanueces, y tampoco era ésta la primera vez que ella hacía el trabajo. Ni la situación ni la chica en cuestión eran ninguna novedad para él. Sin embargo, últimamente, Cascanueces no podía apartar su imagen de la cabeza.

Aprovecharía que tenía que quedar con ella para invitarla a cenar. Jamás habían cruzado más de dos palabras seguidas, fuera de las necesarias para concertar cada operación. Lo cierto es que nunca había sido muy efusivo con ninguna de las muchachas con las que

había trabajado. No lo era con ninguna mujer, aunque con ella era especialmente reservado. Cascanueces llevaba desde hacía tiempo pensando en invitarla a cenar. Ahora se había decidido a hacerlo.

Mientras esperaba que llegara, se imaginó su cuerpo, pequeño y delgado. Su pelo, moreno y corto, encrespado tanto en la cabeza como en su pubis. Sus pechos, pequeños y firmes, de pezones oscuros. Pero lo que más llamaba la atención, hasta el punto de llegar a obsesionarle, eran sus ojos; ojos tristes, sin color, que atravesaban los cuerpos como si al mirar sólo encontraran aire. Dentro de su mente, las fotografías que había hecho empezaron a animarse. Vio de nuevo a la muchacha moverse mientras ejecutaba su trabajo y cumplía con eficacia su papel, controlando cada uno de sus músculos, cada centímetro de su piel, todos sus gestos y movimientos con una meticulosa y exasperante frialdad. Tal vez lo que le sobrecogía de la chica fuera ese algo indefinido que parecía emanar de ella y que acababa envolviendo a los sujetos de la investigación, a las víctimas. Lo podía sentir no sólo cuando allí, en su escondrijo, disparaba las fotografías, sino también luego, en el laboratorio, al revelar las fotos; e incluso más tarde, cuando examinaba la secuencia fotográfica. Podía casi tocar en el papel el halo invisible que salía de la muchacha e impregnaba al sujeto. Cascanueces, tanto cuando estaba en su encierro y veía la escena a través del objetivo, como luego, cuando examinaba las fotos, sentía que ese halo le excluía a él.

En su cuchitril, delante de la cámara apoyada en el trípode, Cascanueces sudaba en silencio y no paraba de disparar foto tras foto. Y al final, una vez consumado eso, una vez alcanzado el objetivo por el gancho, y realizado el propósito del investigador, el halo

acababa retornando a ella, hacia ella, hacia dentro de ella. Cascanueces sentía entonces un puñetazo contra su estómago. Su boca se secaba, el corazón latía más lentamente. Pensaba en la chica y había algo que le volvía loco. No era amor, tampoco deseo. Le revolvió por dentro mientras la fotografiaba y luego seguía dándole vueltas por la cabeza.

No la vio llegar, no vio que se había sentado frente a él. La chica estaba en su misma mesa, esperando, sin decir una palabra. El hombre y la mujer estaban solos en el amplio salón del café. A esa hora, el sitio estaba vacío. Cascanueces volvió a la realidad. Se apresuró a sacarse la cartera, casi tirando el café que se enfriaba en la taza. La chica la apartó, antes de que la tragedia fuera irreversible. Cascanueces se sintió cogido en falta. Sin duda era culpable, aunque no sabía de qué. Estaba avergonzado. Extrajo el dinero de la cartera y le pasó su parte. Enmascarada tras sus gafas negras, ella cogió el dinero y lo metió bajo la mesa, sobre sus rodillas, sin guardarlo. Hubo un momento de silencio. La muchacha contó el dinero, y comprobó que la cantidad superaba lo estipulado. Pero no dijo nada, ni un gracias, ni pedir una explicación. Cascanueces dudó. En un susurro, la llamó. Luego, bajó la mirada y le hizo su proposición. Tenía mesa reservada en un restaurante del centro para esa noche. Ella no le miró. Sin levantarse de la mesa, se giró y le dio la espalda. Miró hacia el gran ventanal del café, como si esperara la llegada de alguien. Se volvió hacia Cascanueces. Antes de decir nada, contuvo la respiración y dio un resoplido suave, que hizo que su flequillo se moviera. Le rechazó con pocas y cortantes palabras, que no daban más pie a discusión. Como había llegado se fue, esfumándose entre la gente. Cascanueces sentía un amargor punzante

en la boca. Pidió otro café. Se lo sirvieron. Ni siquiera lo probó. Miró la silla frente a él, vacía. Pagó lo justo, sin dejar propina, y se fue.

En esa época, el trabajo no abundaba. No tenía más casos en cartera. La intranquilidad no dejó al hombre dormir. Su cuerpo pesado le ahogaba, cubriéndole de sudor e insomnio. Se levantaba de la cama y recorría desnudo, con paso torpe, el apartamento, demorándose en la puerta del viejo laboratorio fotográfico. Un resto del pasado, como él, arrinconado por el paso del tiempo. Llegaba al final del pasillo, y volvía a empezar. Y así una noche, y otra, y a la siguiente.

Pasado un par de semanas, se le presentó un nuevo caso. Respiró aliviado. Como era habitual, le dejó a ella un escueto mensaje en el apartado de correos de siempre. Era todo lo necesario para que la chica apareciera.

No quiso mirar el teléfono. Estaba seguro de que el timbrado sonaría de un momento a otro. No quiso mirar el teléfono. Lo sentía como un bichejo, acechando a su espalda, preparado para atacarle. Llenó otra vez el vaso de whisky, para dejar pasar el tiempo. El líquido sonaba con un clap clap en su garganta reseca. Un buen chorro llegando a su estómago como una brasa. El aparato seguía allí detrás, en silencio. No quiso mirar el reloj. Si ella fallaba, siempre podría acudir a alguna de las últimas chicas. Aunque lo hubieran dejado, no sería difícil conseguir que hicieran una excepción; nunca viene mal un pellizco de dinero. Pensaba en cuál sería la más adecuada. Fue descartando una por una a todas las chicas. Al final, no veía más posibilidad que ella. Si fallaba, debería buscar un nuevo gancho, pero le sería imposible que una muchacha nueva realizara el trabajo de forma adecuada. El tic tac del reloj. Una bronca

de los vecinos. El chirrido de unos frenos. Un helicóptero sobrevolando la zona. Un silencio lleno de ruidos.

Tembló. El licor chorrea por los pantalones, le deja perdidos los zapatos. El vaso se hace añicos, se quiebra, explota contra el suelo. Intenta atrapar el vaso cayendo, pero sólo coge aire, se escapa entre sus dedos. El teléfono sonó. Cuatro, cinco timbrazos, él no lo cogió, el aparato volvió a quedarse mudo. Esta vez no oía nada, ni el reloj, ni a los vecinos, ni el tráfico. Acarició el auricular. El vello de su mano se erizó. La retiró avergonzado. Era una auténtica garra. Una mano de gorila. El teléfono volvió a sonar. No dejó transcurrir ni un timbrazo esta vez.

La maquinaria se desplegó de nuevo, precisa, infalible. Una trama de seducción fatal para el chantajeado, demoledora para el chantajista. Dentro de su escondrijo Cascanueces esperaba. En la habitación el espejo frente a la cama ocultaba el cuartucho falso, y allí el objetivo de la cámara aguardaba. El ahogo del encierro convirtió en angustiada la espera. Las paredes se echaban encima de Cascanueces, los minutos se hacían más lentos, se detenían, retrocedían y golpeaban contra su cara sudorosa. El cuerpo y su respiración agitada hacían aún más espeso el poco aire del cubil. Necesitaba salir de ahí.

La puerta de la habitación se abrió. A través del espejo vio entrar a la pareja. Ahí estaba ella. El gancho, midiendo con pasos justos ese espacio tan conocido. Tirando de la mano del sujeto, que entró a trompicones, y corrió a ocultarse en la oscuridad. El hombre cerró la puerta y examinó cada rincón del cuarto. Tal vez la facilidad de la conquista le hacía sospechar. El sujeto repasó la superficie de las paredes, arañándolas. Se detuvo en medio de la habitación y miró a su alrededor. Esperó un momento, y luego se

dirigió directo hacia el espejo. Cascanueces retrocedió. La mano del hombre apuntaba en su dirección, casi atravesando el cristal. La chica reaccionó, sin perder un segundo más. Se le echó encima hasta que el hombre hundió la cabeza en su cuerpo, y ahí se perdió. Él la aplastó con su corpulencia y se agitó entre espasmos, mientras ella se agitaba entre sus brazos. El juego de los cuerpos puso frenético al encerrado. Lo que envolvía al hombre era hoy muy intenso. Cascanueces desde el otro lado del espejo podía incluso sentir su olor y su tacto. La máquina fotográfica no cesaba de disparar.

Bañado por la luz roja, Cascanueces dejó resbalar el carrito entre sus dedos. Las cubetas con los líquidos estaban preparadas. Su superficie reflejaba de forma irreal la luz de la bombilla. El rollo de película se le escapaba, incontrolable, haciéndole más difícil su trabajo. Lo desplegó de nuevo, con mucho cuidado. Pero no pudo evitar que sobre la emulsión cayera una gota de sudor. Se pasó el dorso de la mano por la frente. Garra de gorila. La gota se deslizó por la concavidad del rollo formando un surco reblandecido. Se apoyó en la mesa y su mano buscó a tientas el interruptor de la luz. No podía soportar más ese ahogo, sin aire, sin luz. Encerrados en el negativo, aquel hombre y la mujer se repetían en un tiempo muerto. Dos relámpagos rompieron la oscuridad. Ahora, bajo la claridad intensa del fluorescente, respiró profundamente. En el suelo el carrito se enroscaba, inútil. Sin mirarlo lo recogió y lo ocultó en cualquier parte.

No hubo fotografías que entregar y cobrar, pero sí quedó con ella de nuevo. Le pagaría como si nada diferente de lo habitual hubiera ocurrido, con dinero de su propio bolsillo. Cuando llegó a la cita la chica ya estaba allí. La vio a contraluz, sentada frente al

ventanal. Pasaba las hojas de una revista. Cascanueces torpemente se sentó a su lado. Ella no le saludó. El hombre dejó el sobre en la mesa y lo empujó bajo la revista de ella. La chica siguió ojeándola, y sin que ni él lo advirtiera, guardó el sobre en su bolso. Cerró la revista y se levantó. Entonces Cascanueces la tocó. Le agarró el brazo, deteniéndola. Y se oyó proponiéndole un nuevo trabajo.

Esta vez no habría datos previos. La mentira debía ser tan calculada como fulgurante, completamente limpia. Fijó como punto de encuentro un sitio habitual de copas y luego confió en que las cosas fueran surgiendo sobre la marcha. Llegó allí una hora antes de lo marcado, y comenzó a beber al no soportar la incertidumbre de cómo salir del embrollo en que se había metido. Simplemente, tenía que hablar con la chica, no debería ser tan difícil. Simplemente, tenía que mostrarse agradable. Pensó en qué le iba a decir y ensayó mentalmente hasta el último movimiento de lo que haría cuando la viera. A través del alcohol se sucedían rostros y cuerpos de hombres. Hombres solos, hombres a los que ella podía abordar. Tenía que hablar con la chica. Tenía que hablarle. Simplemente. Algunos de los hombres los descartó por ser demasiado jóvenes, otros porque eran demasiado viejos. La envidia le hacía eliminar a algunos, a otros la repulsión. No encontró su propio rostro en el de los otros. Cuando llegó ella, aún no sabía cómo iba a acabar aquello. Le hizo una seña desde la entrada, y él acudió a su encuentro. Ella esperaba oculta tras la cortina del vestíbulo. Era el momento. Le confesaría que no había ningún trabajo, le confesaría que quería verla de nuevo, se lo diría todo. Tenía que romper el espejo para siempre. Aunque la perdiera. Plantada ante él, la chica le clavó la mirada. Cascanueces retiró sus ojos, irritados por el humo. La chica no

hablaba, no se dirigía a él, pero le estaba pidiendo un hombre. Un hombre para realizar su trabajo. Se quedaría frente a ella, le plantaría cara. Hablaría con ella, no tenía que ser tan difícil. Le miraría a los ojos y con ello no haría falta ni hablar, ella comprendería. Pero no pudo soportar el gesto tan frío de la chica, su boca apretando los labios, las manos en las caderas, las piernas ligeramente adelantadas. Cascanueces señaló hacia el interior del bar, al azar. Un hombre. La muchacha se dirigió al desconocido y le sonrió. Su falda se entreabrió ante la sorpresa complacida del afortunado. El juego comenzaba. Cascanueces hundió las manos en los bolsillos.

Las luces de neón atravesaron su cerebro. La fuerza de la costumbre le guió a la habitación de siempre. Los pasos recorrieron el suelo de moqueta gastada. La mano dirigió la llave a la cerradura. Al abrir la puerta, pese a la oscuridad, el espejo le devolvía su rostro. Se dejó caer sobre la cama. Una telaraña rota ensuciaba una de las esquinas del techo. Desde ahí, siguió un rastro de manchas de humedad que crecía hasta desembocar en un círculo amarillento sobre el lecho. No había llevado las sábanas a la lavandería. Cerró los ojos, apretándolos hasta que le dolieron los párpados. Se quedaría así para que la luz del amanecer le diera en la cara.

El espejo esperaba.

Entre sueños escuchó el arañazo de metal contra metal. El ruido cesó, roto por unas risas al otro lado de la puerta. La cerradura volvió a rechinar y Cascanueces apenas tuvo tiempo de alisar la colcha. Cerró la puerta falsa y justo en ese momento ellos entraron. Dentro de la madriguera, su mayor preocupación fue sofocar el jadeo de cansancio que le ahogaba. Entre sus piernas tenía la cámara. Pronto supo qué debía hacer.

El iris se dilató y la luz llegó al fondo de la retina.

Iluminado por la luz roja el carrito le abrasaba. Se lo pasaba de una mano a otra, le quemaba. Positivó los contactos de las tomas en que ella se ofrecía a la cámara, con su goce fingido tras una mirada hueca. Tiró copia tras copia de aquellas imágenes que eran sólo para él. Amplió y reencuadró. No dejó escapar un detalle, sin importarle los límites de la definición, la permanencia del grano sobre la línea.

La anatomía de la mujer se fragmentó en imágenes ampliadas que inundaron la casa. Pobló las paredes con su piel. Cubrió el techo con sus ojos detenidos. Sus dedos, su boca, su pelo. Cascanueces se dedicó con frenesí a la tarea. Depositó en el papel su deseo. Eludía los relojes, hasta que agotados fueron parándose, cada uno en una hora diferente. Las persianas siempre bajadas, perdió el sentido del día y la noche, y ya sólo distinguía entre el adentro y el afuera. Por eso, temía los espejos, donde sospechaba que esa última diferencia se borraba. En su pesadilla, las puertas eran espejos insaciables.

Dejaba transcurrir los días como si fueran horas. Hasta que no podía más y, bien entrada la noche, huía por la ciudad fantasma, ignorando los semáforos, dirigiendo su coche contra las calles. Intentaba tranquilizarse contemplando los escaparates iluminados, donde los maniqués afectaban poses humanas largo tiempo perdidas. Pero siempre volvía a su casa. Entonces corría a refugiarse en el baño, que conservaba sus paredes desnudas, o a oscuras buscaba el dormitorio y hundía la cabeza en la almohada.

Sobre su despacho se acumulaba el polvo, mientras que un acre olor a acetona inundaba su casa. Una película de inexactitud

cubría las paredes: el cuerpo del hombre comenzaba a difuminarse entre las fotografías, solapándose tras los límites cada vez más imprecisos del papel. Las imágenes se movían, se desataban, amenazaban con inundar los resquicios de su mente. Comenzó a verlas en los sitios más insospechados, allí donde sólo tendría que encontrar el sosiego de la nada. Deslizándose por el suelo, bajo las puertas. Formando un poso en el agua que bebía, inscribiéndose en las líneas de su mano. Escondiéndose tras el rostro de los maniquíes.

Nunca más volvería a ver a la chica. No quería perder eso de ella que por fin había conseguido convertir en suyo. Su gloria y su infierno. Pero ahora eso se le escapaba volviéndose en su contra. Encargó marcos de hierro negro para contener aquellas imágenes que más le asaltaban. Así creyó que podría dominarlas.

Debía salir de allí. Tras los cristales, el marco rectangular revelaba el azul del cielo. Un encuadre limpio de imagen. Un encuadre que él debía de llenar. Se giró hacia la ventana.

EL TREN ESPECIAL DESAPARECIDO
de
Arthur Conan Doyle

ARTHUR CONAN DOYLE

Escocia, 1859 - Inglaterra, 1930. Famoso mundialmente por la creación del personaje de Sherlock Holmes, protagonista de novelas como *Estudio en escarlata*, *Las aventuras de Sherlock Holmes*, *Las memorias de Sherlock Holmes*, *El sabueso de los Baskerville*, *El valle del terror* o *Su última reverencia*. Escribió además novelas históricas como *La compañía blanca*, *Las hazañas del Brigadier Gerard* o *La boda del Brigadier* y obras de ciencia ficción como *El mundo perdido*, *La zona ponzoñosa*, *Cuando la Tierra lanzó alaridos* y *La máquina desintegradora*. Entre sus libros de relatos cabe mencionar *Cuentos de la penumbra y lo invisible*.

La confesión realizada por Herbert de Lernac, encuentra actualmente bajo sentencia de muerte en Marsella, ha arrojado luz sobre uno de los crímenes más enigmáticos del siglo, sobre un hecho que, según creo, no tiene precedente alguno en los anales del crimen de ningún país. Aunque en los medios oficiales se muestran renuentes a tratar del asunto, por lo que los informes entregados a la prensa son muy pocos, existen, no obstante, indicaciones de que la confesión de este gran criminal está confirmada por los hechos y de que hemos encontrado, por fin, la solución del más sorprendente de los asuntos. Como el suceso ocurrió hace ocho años y una crisis política que en aquellos momentos tenía absorta la atención del público vino, hasta cierto punto, a quitarle importancia, será conveniente que yo exponga los hechos tal como me ha sido posible conocerlos. Los he examinado comparando los periódicos de Liverpool de aquellas fechas, las actas de la investigación realizada acerca de John Stater, maquinista del tren, y los archivos de la compañía de ferrocarril de Londres y la Costa Occidental, que han sido puestos amablemente a mi disposición.

Resumiéndolos, son como siguen:

El día 3 de junio de 1890, un caballero que dijo llamarse Louis Caratal solicitó una entrevista con el señor James Bland, superintendente de la estación central de ferrocarril en Liverpool. Era un hombre bajo, de edad mediana y pelo negro, cargado de espaldas hasta el punto de producir la impresión de alguna deformidad. Iba acompañado por un amigo, hombre de aspecto impresionante,

pero cuyas maneras respetuosas y cuyas atenciones constantes daban a entender que dependía del otro. Este acompañante, cuyo nombre no se dio a conocer, era sin duda extranjero, probablemente español o hispanoamericano, a juzgar por lo moreno de su tez. Se observó en él una particularidad. Llevaba en la mano izquierda una carpeta negra de cuero, de las de los correos, y un escribiente observador de las oficinas centrales se fijó en que la llevaba sujeta a la muñeca por medio de una correa. No se dio en aquel momento ninguna importancia a este hecho, pero los acontecimientos que siguieron demostraron que la tenía. Se hizo pasar al señor Caratal hasta el despacho del señor Bland, quedando esperándole fuera su acompañante.

El asunto del señor Caratal fue solucionado rápidamente. Aquella tarde había llegado de un país de Centroamérica. Negocios de máxima importancia exigían su presencia en París sin perder ni un momento. Se le había ido el expreso de Londres y necesitaba que se le pusiese un tren especial. El dinero no tenía importancia, porque era un problema de tiempo. Si la Compañía se prestaba a que lo ganase poniéndole un tren, él aceptaba las condiciones de la misma.

El señor Bland tocó el timbre, mandó llamar al director de tráfico, Potter Hood, y dejó arreglado el asunto en cinco minutos. El tren saldría tres cuartos de hora más tarde. Se requería tiempo para asegurarse que la línea ferroviaria estuviera libre. Se engancharon dos coches, con un furgón detrás para un guarda, a una potente locomotora conocida con el nombre de Rochdale, que tenía el número 247 en el registro de la Compañía. El primer vagón sólo tenía por finalidad disminuir las molestias producidas por la oscilación. El segundo, como de costumbre, estaba dividido en cuatro departa-

mentos: uno de primera, otro de primera para fumadores, uno de segunda y otro de segunda para fumadores. El primer departamento fue reservado a los viajeros. Los otros tres quedaron vacíos. El jefe de tren fue James McPherson, que trabajaba hacía varios años al servicio de la Compañía. El fogonero, William Smith, era nuevo en el oficio.

Al salir del despacho del superintendente, el señor Caratal se reunió con su acompañante y ambos dieron claras señales de la gran impaciencia que tenían por ponerse en marcha. Pagaron la suma que se les pidió, cincuenta libras y cinco chelines, la tarifa correspondiente a los trenes especiales de cinco chelines por milla y a continuación solicitaron que se les condujera hasta el vagón instalándose inmediatamente en el mismo, aunque se les aseguró que transcurriría cerca de una hora hasta que la vía estuviera libre. En el despacho del que acababa de salir el señor Caratal ocurrió, mientras tanto, una coincidencia extraña.

El hecho de que en un rico centro comercial alguien solicite un tren especial no es cosa extraordinaria; pero que la misma tarde se soliciten dos de esos trenes ya era algo poco corriente. Eso fue, no obstante, lo que ocurrió; apenas el señor Bland hubo despachado el asunto del primer viajero, cuando se presentó en su despacho otro con la misma pretensión. Este segundo viajero se llamaba Horace Moore, hombre de aspecto militar, que alegó una enfermedad grave y repentina de su esposa, que se encontraba en Londres, como razón imperiosa para no perder un instante en ponerse de viaje. Eran tan patentes su angustia y su preocupación, que el señor Bland hizo todo lo posible para complacer sus deseos. No había ni que pensar en un segundo tren especial, porque ya el comprometido

perturbaba el servicio corriente. No obstante, quedaba la alternativa de que el señor Moore cargase con una parte de los gastos del tren del señor Caratal e hiciese el viaje en el otro departamento vacío de primera clase, si el señor Caratal ponía inconvenientes a que lo hiciese en el ocupado por él y su compañero. No parecía fácil que pusiera oposición a ese arreglo; sin embargo, cuando el señor Potter Hood le hizo esta sugerencia se negó a tomarla ni siquiera en consideración. El tren era suyo, dijo, e insistiría en utilizarlo para su uso exclusivo. Cuando el señor Moore se enteró de que no podía hacer otra cosa que esperar al tren ordinario que sale de Liverpool a las seis, abandonó la estación muy afligido. El tren en que viajaban el señor Caratal y su gigantesco acompañante dio su pitido de salida de la estación de Liverpool a las cuatro y treinta y un minutos exactamente, según el reloj de la estación. La vía estaba en ese momento libre y el tren no se detendría hasta Manchester.

Los trenes de Londres y la Costa Occidental ruedan por líneas pertenecientes a otra Compañía hasta la ciudad de Manchester, a la que el tren especial habría debido llegar antes de las seis. A las seis y cuarto se produjo entre los funcionarios de Liverpool un gran sobresalto, que llegó incluso a la pesadumbre al recibo de un telegrama de Manchester, en el que se anunciaba que no había llegado todavía. Se preguntó a St. Helens, que se encuentra a un tercio de distancia entre ambas ciudades, y contestaron lo siguiente:

«A James Bland, superintendente, Central L. and W C., Liverpool. —El especial pasó por aquí a las 4:52, de acuerdo con su horario. —Dowser, St. Helens.»

Este telegrama se recibió a las 6:40. A las 6:50 se recibió desde Manchester un segundo telegrama.

«Sin noticias del especial anunciado por ustedes.»

Y diez minutos más tarde un tercer telegrama, aún más desconcertante:

«Suponemos alguna equivocación en horario indicado para el especial. El tren corto procedente de St. Helens, que debía seguir al especial, acaba de llegar y no sabe nada de este último. Sírvese telegrafiar. —Manchester.»

El caso estaba asumiendo un aspecto asombroso, aunque el último de los telegramas aportó en ciertos aspectos un alivio a los directores de Liverpool. Parecía difícil que, si al especial le había ocurrido algún accidente, pudiera pasar el tren corto por la misma línea sin haber advertido nada. Pero ¿qué otra alternativa quedaba? ¿Dónde podía encontrarse el tren en cuestión? ¿Lo habían desviado a algún apartadero, por alguna razón desconocida, para permitir el paso del tren más lento? Esa explicación cabía dentro de lo posible, en el hipotético caso de que hubieran tenido que llevar a cabo la reparación de alguna pequeña avería. Se enviaron telegramas a todas las estaciones intermedias entre St. Helens y Manchester, y tanto el superintendente como el director de tráfico se mantuvieron junto al transmisor en espera de que llegaran las contestaciones que habían de informarles con exactitud de lo que le había ocurrido al tren desaparecido. Las contestaciones fueron llegando en el mismo orden de las preguntas, es decir, en el de las estaciones que venían a continuación de la de St. Helens.

«Especial pasó por aquí a las 5. —Collins Green.»

«Especial pasó por aquí 5:5. —Earlestown.»

«Especial pasó por aquí 5:15. —Newton. »

«Especial pasó por aquí 5:20. —Kenyon-Empalme.»

«Ningún especial pasó por aquí. —Barton Moss.»

Los dos funcionarios se miraron atónitos.

— No me ha sucedido cosa igual en mis treinta años de servicio —dijo el señor Bland.

— Es algo sin precedentes e inexplicable, señor. Algo le ha ocurrido al especial entre Kenyon-Empalme y Barton Moss.

— Sin embargo, si la memoria no me falla, no existe apartadero entre ambas estaciones. El especial se ha fugado de los raíles.

— Pero ¿cómo es posible que el tren ordinario de las cuatro cincuenta haya pasado por la misma línea sin verlo?

— No queda otra alternativa, señor Hood. Tiene por fuerza que haber descarrilado. Quizá el tren corto haya observado algo que aclare este asunto. Telegrafiamos a Manchester pidiendo mayores informes, y a Kenyon-Empalme le daremos instrucciones de que salgan inmediatamente a revisar la vía hasta Barton Moss.

La respuesta de Manchester no se hizo esperar:

«Sin noticias del especial desaparecido. Maquinista y jefe del tren corto afirman de manera terminante que ningún descarrilamiento ha ocurrido entre Kenyon-Empalme y Barton Moss. La vía, completamente libre. —Manchester.»

— Se debería despedir a ese maquinista y a ese jefe de tren —afirmó ceñudo el señor Bland—. Ha habido un descarrilamiento y ni se han fijado. Sin duda el especial se salió de los raíles sin estropear la vía, aunque eso es superior a mi entendimiento. Pero no tiene más remedio que haber ocurrido así y ya verá usted cómo no tardamos en recibir telegrama de Kenyon o de Barton Moss anunciándonos que han encontrado al especial en el fondo de un barranco.

Pero la profecía del señor Bland no estaba llamada a cumplirse. Transcurrió media hora y llegó, por fin, el siguiente mensaje enviado por el jefe de estación de Kenyon-Empalme:

«Sin ningún rastro del especial desaparecido. Con seguridad absoluta que pasó por aquí y que no llegó a Barton Moss. Desenganchamos la máquina del tren mercancías y yo mismo recorrí la línea y estaba completamente libre, sin señal alguna de que hubiese ocurrido algún accidente.»

El señor Bland se tiró de los cabellos, perplejo, y exclamó:

— ¡Esto raya con la locura, Hood! ¿Es que puede en Inglaterra esfumarse un tren en el aire a plena luz del día? Esto es absurdo. Locomotora, dos coches, un furgón, cinco personas... y todo volatizado en la vía despejada de un ferrocarril. Si no recibimos alguna noticia concreta, iré yo personalmente a recorrer la línea dentro de una hora, en compañía del inspector Collins.

Al fin ocurrió algo concreto, que tomó la forma de otro telegrama procedente de Kenyon-Empalme:

«Lamento informar que el cadáver de John Slater, maquinista tren especial, acaba de ser encontrado entre matorral a dos millas y cuarto de este empalme. Cayó de locomotora, rodó barranco abajo y fue a parar entre arbustos. Parece muerte debida a heridas en la cabeza que se produjo al caer. Examinado cuidadosamente terreno alrededores, sin encontrar rastro de tren desaparecido.»

Dado que el país se encontraba en la efervescencia de una crisis política, se desviaba la atención del público hacia las noticias sobre sucesos importantes y sensacionales que ocurrían en París, donde un escándalo colosal amenazaba con derribar al Gobierno y desacreditar a muchos de los dirigentes de Francia. Esta clase de

noticias llenaban las páginas de los periódicos y la extraña desaparición del tren despertó una atención mucho menor que la que se le habría dedicado en momentos de mayor calma. Además, el suceso presentaba un aspecto grotesco, que contribuyó a restarle importancia: los periódicos desconfiaban de los hechos. Más de un diario londinense trató el asunto de noticia falsa, hasta que la investigación del juez acerca de la muerte del desdichado maquinista (investigación que no descubrió nada importante) convenció a todos de que era un incidente trágico.

El señor Bland, acompañado del inspector Collins, decano de los detectives al servicio de la Compañía, marchó aquella misma tarde a Kenyon-Empalme. Dedicaron siguiente día a investigaciones que lograron sólo un resultado negativo. Ni existía rastro del tren desaparecido, ni resultaba posible formular una hipótesis que pudiera explicar lo ocurrido. Por otro lado, el informe oficial del inspector Collins (que tengo ante mis ojos en el momento de escribir estas líneas) sirvió para demostrar que las posibilidades eran mucho más numerosas de lo que habría podido esperarse. Decía el informe:

«En el trecho de vía comprendido entre estas dos estaciones, la región está llena de fundiciones de hierro y de explotaciones de carbón. Algunas de éstas en funcionamiento, pero otras han sido abandonadas. No menos de una docena cuentan con líneas de vía estrecha, por las que circulan vagonetas hasta la línea principal. Hay que descartarlas. Sin embargo, existen otras siete que disponen de líneas propias que llegan hasta la principal y enlazan con ésta, lo que les permite transportar los productos desde la bocamina hasta los grandes centros de distribución. Todas esas líneas tienen de

longitud sólo algunas millas. De las siete, cuatro pertenecen a los pozos de la mina que ya no se explotan. Son las de Redgaundet, Hero, Slough of Despond y Heartscase, que era hace diez años una de las más importantes del Lancashire. Es posible también eliminar de nuestra investigación estas cuatro líneas, puesto que sus vías han sido levantadas en el trecho inmediato a la vía principal, para evitar accidentes, de modo que en realidad no tienen ya conexión con ella. Quedan otras tres líneas laterales, que son las que conducen a los siguientes lugares:

- a) A las fundiciones de Carnstock.
- b) A la explotación carbonífera de Big Ben.
- c) A la explotación carbonífera de Perseverance.

La de Big Ben es una vía que no tiene más de un cuarto de milla de trayecto y que muere en un gran depósito de carbón que espera ser retirado de la bocamina. Allí nadie sabía nada de ningún tren especial. La línea de las fundiciones de hierro de Camstock estuvo, durante el día 3 de junio, bloqueada por dieciséis vagones cargados de hematitas. Es una vía única y nada pudo pasar por ella. En cuanto a la línea de la Perseverance, se trata de una doble vía por la que tiene lugar un tráfico importante, debido a que la producción de la mina es muy grande. Ese tráfico se llevó a cabo durante el día 3 de junio; centenares de hombres, entre los que hay que incluir una cuadrilla de peones del ferrocarril, trabajaron a lo largo de las dos millas y cuarto del trayecto de esa línea y es inconcebible que un tren inesperado haya podido pasar por ella sin llamar la atención. Para terminar, se puede hacer constar el detalle de que esta vía ramificada se encuentra más próxima a St. Helens, el lugar en que fue hallado el cadáver del maquinista, por lo que existen

toda clase de argumentos para creer que el tren había dejado atrás ese lugar antes que le ocurriese ningún accidente.

«En cuanto a John Slater, ninguna pista se puede obtener del aspecto ni de las heridas que presenta su cadáver. Lo único que podemos afirmar, con los datos que poseemos, es que halló la muerte al caer de su máquina, aunque no nos creemos autorizados para emitir una opinión acerca del motivo de su caída ni de lo que le ocurrió a su máquina con posterioridad.»

En conclusión, el inspector presentaba la dimisión de su cargo, pues se encontraba muy irritado por la acusación de incompetencia que se le hacía en los periódicos londinenses.

Transcurrió un mes, durante el cual tanto la policía como la Compañía ferroviaria prosiguieron en sus investigaciones sin el más pequeño éxito. Se ofreció una recompensa y se prometió el perdón en caso de no tratarse de un crimen; pero nadie aspiró a ellos. Los lectores de los periódicos abrían éstos diariamente con la seguridad de que estaría por fin aclarado aquel enigma tan extravagante; pero pasaron las semanas y la solución seguía tan lejana como siempre. En la zona más poblada de Inglaterra, en pleno día y en una tarde del mes de junio había desaparecido con sus ocupantes un tren, lo mismo que si algún mago poseedor de una química sutil lo hubiese volatilizado. Entre las distintas hipótesis que aparecieron en los periódicos, hubo algunas que afirmaban en serio la intervención de potencias sobrenaturales y que el deforme señor Caratal era en realidad una persona a la que se conoce mejor con otro nombre menos fino. Otros atribuían el maleficio a su acompañante, aunque nadie era capaz de formular de qué recurso se había valido.

Entre las muchas sugerencias publicadas por distintos periódicos o por individuos particulares, hubo una o dos que ofrecían la suficiente posibilidad para atraer la atención de los lectores. Una de ellas, la aparecida en *The Times*, con la firma de un diletante de la lógica que por aquel entonces gozaba de cierta fama, abordaba el problema de una manera analítica y casi científica. Será suficiente dar aquí un extracto; pero los curiosos pueden leer la carta entera en el número correspondiente al día 3 de julio. Venía a decir:

«Uno de los principios elementales del arte de razonar es que, una vez que se haya eliminado lo imposible, la verdad tiene que encerrarse en el residuo. Es notorio que el tren salió de Kenyon-Empalme. Es cierto que no llegó a Barton Moss. Es sumamente improbable, pero cabe dentro de lo posible, que el tren haya sido desviado por una de las siete vías laterales existentes. Es evidentemente imposible que un tren circule por un trecho de vía sin raíles; por consiguiente, podemos reducir los casos improbables a las tres vías en actividad, es decir, la de las fundiciones de hierro de Camstock la de Big Ben y la de Perseverance. ¿Existe alguna sociedad secreta de mineros de carbón, alguna Camorra inglesa, capaz de destruir el tren y a sus viajeros? Es absurdo, pero no imposible. Confieso que soy incapaz de apuntar ninguna otra solución. Yo aconsejaría, desde luego, a la Compañía que concentrase todas sus energías en estudiar esas tres líneas y a los trabajadores del lugar en que estas terminan. Quizá el examen de las casas de préstamos del distrito sacase a la luz algunos hechos reveladores.»

Tal sugerencia despertó considerable interés por proceder de una reconocida autoridad y levantó una furiosa oposición de los que la calificaban de libelo absurdo en perjuicio de hombres honrados

y dignos. La única respuesta que se dio a estas censuras fue un reto a quienes las formulaban para que expusiesen ellos públicamente otra hipótesis más verosímil. Esto provocó efectivamente otras dos, que aparecieron en los números del Times correspondientes a los días 7 y 9 de julio. Apuntaba la primera de ellas la idea de que tal vez el tren hubiese descarrilado y se hubiese hundido en el canal de Lancashire y Staffordshire, que corre paralelo al ferrocarril en un trecho de algunos centenares de yardas. Esta sugerencia quedó desacreditada al publicarse la profundidad que tiene el canal, que no podía, ni mucho menos, ocultar un objeto de semejante volumen. El segundo corresponsal llamaba la atención sobre la cartera que constituía el único equipaje que los viajeros llevaban consigo, apuntando la idea de la posibilidad de que llevasen oculto en su interior algún nuevo explosivo de una fuerza destructora inmensa. Pero el absurdo evidente de suponer que todo el tren hubiera podido quedar pulverizado y la vía del ferrocarril no hubiese sufrido el menor daño, colocaba semejante hipótesis en el terreno de las burlas. En esa situación sin salida se hallaban las investigaciones, cuando ocurrió un incidente inesperado.

El hecho es que la señora de McPherson recibió una carta de su marido, James McPherson, el mismo que iba de jefe de tren en el especial desaparecido. La carta, con la fecha de 5 de julio de 1890, había sido puesta en el correo de Nueva York y llegó a destino el 14 del mismo mes. Hubo dudas acerca de su autenticidad, pero la señora McPherson reconoció la letra; además, al venir con ella la cantidad de cien dólares en billetes de cinco dólares bastaba para descartar la idea de que no se tratase de una añagaza. El remitente no daba dirección alguna y la carta era como sigue:

«Mi querida esposa: Lo he meditado mucho y me resulta insoportable renunciar a ti. Y también a Elisita. Por más que luchó contra esa idea, no puedo apartarla de mi cabeza. Te envío dinero, que podrás cambiarlo por veinte libras inglesas, suficientes para que tú y Elisita crucéis el Atlántico. Los barcos de Hamburgo que hacen escala en Southampton son muy buenos y más baratos que los de Liverpool. Si viniéseris y os alojáseris en la Johnston House, yo procuraré avisaros de qué manera podríamos reencontrarnos, pero de momento me encuentro con grandes dificultades y soy poco feliz, porque me resulta duro renunciar a vosotras dos. Nada más, pues, por el momento, de tu amante esposo, James McPherson.»

Se pensó durante algún tiempo que esta carta conduciría al esclarecimiento total del caso, sobre todo porque se consiguió el dato de que en el buque de pasajeros Vistula, propiedad de la Hamburg & New York, que había zarpado el día 7 de junio, figuraba como pasajero un hombre de gran parecido con el jefe de tren desaparecido. La señora McPherson y su hermana, Elisita Dolton, embarcaron para Nueva York según las instrucciones que se les daban y permanecieron alojadas durante tres semanas en la Johnston House, sin recibir noticia alguna del desaparecido. Quizá ciertos comentarios indiscretos aparecidos en la prensa advirtiesen a éste que la policía las empleaba como cebo. Lo cierto es que nadie acercó a ellas y que las mujeres acabaron por regresar a Liverpool.

Así quedaron las cosas, sin nueva alteración hasta el año actual de 1898. Por increíble que parezca, durante los últimos ocho años nada ha trascendido que arrojase la más pequeña luz sobre la extraordinaria desaparición del tren especial en el que viajaban el

señor Caratal y su acompañante. Las minuciosas investigaciones que se realizaron acerca de los antecedentes de los dos viajeros pudieron únicamente dejar comprobado el hecho de que el señor Caratal era muy conocido en América Central como financiero y agente político y que en el transcurso de su viaje a Europa exteriorizó una gran ansiedad por llegar a París. Su acompañante, que figuraba en el registro de pasajeros con el nombre de Eduardo Gómez, tenía una historia de personaje violento, con fama de bravucón y peleador. Sin embargo, existían pruebas de que servía con honradez y abnegación los intereses del señor Caratal y de que este último, hombre de cuerpo desmedrado, se servía de él como guardián y protector. Puede agregarse a esto que de París llegaron informes acerca de las finalidades que el señor Caratal perseguía probablemente en su repentino viaje.

En el anterior relato están comprendidos todos los hechos que se conocían sobre este caso hasta que los diarios de Marsella publicaron la reciente confesión de Herbert de Lernac, actualmente en la cárcel, con sentencia de muerte por el asesinato de un comerciante de apellido Bonvalot. He aquí la traducción literal del documento:

No doy a la publicidad esta información por simple orgullo o jactancia; si quisiera darme ese gusto, podría relatar una docena de extraordinarias hazañas mías. Lo hago para que ciertos caballeros de París se den por enterados de que yo, que puedo dar noticias de la muerte del señor Caratal, estoy también en condiciones de decir en beneficio y a petición de quién se llevó a cabo ese hecho, a menos que el indulto que estoy esperando me llegue muy rápidamente. ¡Mediten, señores, antes de que sea demasiado tarde! Ya conocen ustedes a Herbert de Lemac y les consta que es tan pres-

to para la acción como para la palabra. Apresúrense, porque de lo contrario están perdidos.

Por ahora no citaré nombres. ¡Qué escándalo si los diese a conocer! Me limitaré a exponer con qué habilidad llevé a cabo la hazaña. En aquel entonces fui leal a quienes se sirvieron de mí y no dudo de que también ellos lo serán conmigo. Lo espero y, hasta que no me convenza de que me han traicionado, me reservaré esos nombres, que producirían conmoción en Europa. Pero cuando llegue ese día...

Para no andar con rodeos diré que el año 1890 hubo en París un célebre proceso relacionado con un gigantesco escándalo de políticos y financieros. Hasta dónde llegaba la magnitud del escándalo únicamente lo supimos algunos agentes confidenciales como yo. Estaban en juego la honra y la carrera de muchos de los hombres más destacados de Francia. Mis lectores habrán visto sin duda un grupo de nueve bolos en pie, todos muy rígidos y muy firmes. De pronto llega rodando la bola desde lejos, y a éste le doy y... los nueve bolos ruedan por el suelo. Pues bien: represéntense a algunos de los hombres más destacados de Francia como a estos bolos, que ven llegar desde lejos al señor Caratal, que hacía de bola. Si se le permitía llegar a París, todos ellos rodarían por el suelo. Se decidió que no llegase.

No los acuso de tener clara conciencia de lo que iba a ocurrir. Ya he dicho que estaban en juego grandísimos intereses financieros y políticos. Se formó un sindicato para poner en marcha la empresa. Hubo algunos de los que se suscribieron al sindicato que no llegaron a comprender cuál era su finalidad. Otros sí que tenían una idea clara de la misma y pueden estar seguros de que no he

olvidado sus nombres. Mucho antes de que el señor Caratal embarcase en América, tuvieron ellos noticia de su viaje y supieron que las pruebas que traía con él equivalían a la ruina de todos ellos. El sindicato disponía de una suma *ilimitada* de dinero, en toda la extensión de la palabra. Buscaron un agente capaz de manejar con seguridad aquella fuerza gigantesca. El hombre elegido tenía que ser hábil resuelto y adaptable; de los que se encuentran uno entre un millón. Se decidieron por Herbert de Lemac y acertaron.

Quedó a mi cargo elegir mis subordinados, manejar sin trabas la fuerza que proporciona el dinero y asegurarme de que el señor Caratal no llegase jamás a París. Me puse a la tarea que se me había encomendado con el brío que me es habitual antes de que transcurriese una hora de recibir las instrucciones que se me dieron, y las medidas que tomé fueron las mejores para conseguir el objetivo.

»Envié a América de inmediato a un hombre de mi total confianza para que hiciese el viaje a Europa junto con el señor Caratal. Si ese hombre hubiese llegado a tiempo a su destino, el barco en que este señor navegaba no habría llegado jamás a Liverpool. Por desgracia, había zarpado antes de que mi agente pudiera alcanzarlo. Fleté un pequeño bergantín armado para cortar el paso al buque; pero tampoco nos acompañó la suerte. Sin embargo, yo, como todos los grandes organizadores, admitía la posibilidad del fracaso y preparaba una serie de alternativas con la seguridad de que alguna de ellas tendría éxito. No sólo era preciso destruir al señor Caratal; debía hacer desaparecer también sus documentos y a sus acompañantes, si teníamos razones para creer que había comunicado a éstos sus secretos. Téngase además presente que ellos estaban alerta, temiendo lo que se les preparaba. Era una empresa digna

de mí desde todo punto de vista, porque yo alcanzo la plenitud de mis facultades cuando se trata de empresas ante las cuales otros retrocederían asustados.

»Todo estaba dispuesto en Liverpool para la recepción que habría de hacerse al señor Caratal, y mi ansiedad era todavía mayor porque tenía razones para creer que ese hombre había tomado medidas para disponer de una guardia imponente desde el momento en que llegase a Londres. Todo había de hacerse, pues, entre el momento en que pusiera el pie en el muelle de Liverpool y el de su llegada a la estación del ferrocarril de Londres y la Costa Occidental. Preparamos seis proyectos, cada uno más complejo que el anterior; del recorrido del viajero dependería cuál de esos proyectos llevaríamos a cabo. Lo teníamos todo dispuesto, hiciese lo que hiciese. Daba igual que viajara en un tren ordinario o que tomaba un expreso o contratara un tren especial, le saldríamos al paso. Todo estaba previsto y a punto.

»Como es de suponer era imposible que todo lo hiciera yo personalmente. ¿Qué sabía yo de las líneas inglesas de ferrocarriles? Pero con dinero es posible procurarse agentes activos en todo el mundo y encontré a uno de los cerebros más agudos de Inglaterra, que se puso a mi servicio. No debo citar nombres, pero sería injusto que yo me asignase todo el mérito. Mi aliado inglés era digno de la alianza que establecí con él. Conocía a fondo la línea del ferrocarril en cuestión y tenía bajo su mando a una cuadrilla de trabajadores inteligentes y en los que podía confiar. La idea fue suya y yo sólo tuve que contribuir en algunos detalles. Sobornamos a varios funcionarios del ferrocarril, siendo James McPherson el más importante de todos, porque nos cercioramos de que, tratándose de trenes espe-

ciales, era casi seguro que actuase de jefe de tren. También Smith, el fogonero, estaba a nuestras órdenes. Se tanteó asimismo a John Slater, maquinista; pero resultó un hombre demasiado honrado y peligroso, por lo que prescindimos de él. No teníamos una certidumbre absoluta de que el señor Caratal contratase un tren especial, pero nos pareció muy probable que lo hiciese, para llegar cuanto antes a París. Hicimos pues, preparativos especiales para hacer frente a esa eventualidad. Esos preparativos estaban a punto hasta en sus menores detalles mucho antes de que el vapor diese vista a las costas de Inglaterra. Uno de mis agentes iba embarcado en la lancha del piloto que guió al vapor hasta el lugar en que tenía que anclar. Desde el instante de la llegada de Caratal a Liverpool, supimos que conocía el peligro y estaba sobre aviso. Traía de escolta a un individuo peligroso, de apellido Gómez, que iba bien armado. Este tipo llevaba encima los documentos confidenciales de Caratal y estaba preparado para protegerlos igual que a su jefe. Cabía, pues, la probabilidad de que Caratal se hubiese confiado a Gómez, y sería perder energías acabar con el primero dejando con vida al segundo. Forzosamente tenía que ser idéntico su final, y nuestros proyectos en ese aspecto se vieron favorecidos por la solicitud que hicieron de un tren especial. En ese tren especial dos de los tres empleados de la Compañía estaban al servicio nuestro y la suma que les pagamos por sus servicios iba a permitirles gozar de independencia durante el resto de su vida. No llegaré a afirmar que los ingleses son más honrados que los ciudadanos de cualquier otro país, pero sí que su precio de venta me ha resultado siempre más caro.

»He hablado ya de mi agente inglés. Es un hombre a quien espera un gran porvenir, a menos que algún mal de garganta se lo

lleve antes de tiempo. A su cargo corrieron todas las medidas que hubo de tomar en Liverpool, mientras que yo me situé en el mesón del Empalme de Kenyon, donde esperé un despacho cifrado para entrar en acción. Cuando todo estuvo dispuesto mi agente me telegrafió, indicándome que debía tenerlo todo preparado inmediatamente. Él, por su parte, pidió, con el nombre y apellido de Horace Moore, otro tren especial, confiando en que le enviarían en el mismo en que viajaría el señor Caratal. Su presencia en el tren podría sernos útil en determinadas circunstancias. Si nos fallaba nuestro golpe máximo, mi agente cuidaría de matarlos a los dos a tiros y de destruir los documentos; pero Caratal estaba sobre aviso y se negó a que viajase en su tren ninguna otra persona. Entonces mi agente se retiró de la estación, volvió a entrar en ella por la otra puerta y se metió en el furgón por el lado contrario al del andén. Viajó con el jefe de tren McPherson.

»Voy a satisfacer el interés del lector poniéndole al corriente de lo que yo tenía prevenido. Todo había sido preparado con varios días de antelación, a falta de los últimos retoques. La línea de desviación que habíamos elegido había estado anteriormente conectada con la vía principal, pero la conexión estaba ya inactiva. No teníamos que hacer, para volver a conectarla, más que colocar unos pocos raíles. Estos habían sido puestos con todo el sigilo posible para no llamar la atención y sólo quedaba completar la unión con la vía principal, disponiendo las agujas tal y como habían estado en otro tiempo. Las traviesas no habían sido quitadas y los raíles, bridas y remaches estaban preparados, porque nos habíamos apoderado de ellos en un apartadero que había en el trecho abandonado de la línea. Valiéndome de mi cuadrilla de trabajadores, pocos pero

competentes, lo tuvimos todo preparado mucho antes de que llegase el tren especial. Cuando llegó, se desvió hacia la línea lateral tan suavemente, que los dos viajeros no advirtieron en modo alguno el traqueteo de los ejes en las agujas.

»Nuestro proyecto era que Smith, el fogonero, durmiera a John Slater, el maquinista, a fin de que éste desapareciese con los demás. Pero fallaron nuestros proyectos. Nuestro fogonero se manejó en su papel con tal torpeza, que Slater cayó de la locomotora en sus forcejeos. Aunque la suerte nos acompañó y ese hombre se desnucó al caer, no por eso deja de constituir un borrón en lo que de otro modo habría sido una obra de absoluta maestría. El técnico en crímenes descubrirá en John Slater la única grieta de todas nuestras combinaciones. Quien como yo lleva obtenidos tantos éxitos, puede permitirse ser sincero y por esa razón señalo con el dedo a John Slater y afirmo que fue el único fallo.

»Ya tenemos a nuestro tren especial dentro de la línea de dos kilómetros o, más bien, de una milla de longitud, que solía conducir a la mina abandonada de Heartsease, en otros tiempos una de las minas de carbón más importantes de Inglaterra. Se me preguntará cómo pudo ocurrir que nadie viese circular el tren por la línea abandonada y contesto que esa línea corre en todo su trayecto por una profunda trinchera. Nadie que no estuviese en el borde de esa trinchera podía verlo. Pero alguien estaba allí. Quien estaba era yo mismo y ahora diré lo que vi.

»Mi ayudante se había quedado junto a las agujas para dirigir la maniobra de desvío del tren. Con él, cuatro hombres armados. Si el tren hubiese descarrilado, cosa que nos pareció probable porque las agujas estaban muy oxidadas, tendríamos todavía medios a los que

recurrir. Cuando mi ayudante vio que el tren se había desviado sin dificultad por la línea lateral, dejó a mi cargo la responsabilidad. Yo estaba esperando en un lugar desde el que se distinguía la boca de la mina y estaba armado, lo mismo que mis dos acompañantes. Estaba siempre dispuesto para cualquier contingencia.

»Cuando el tren se hubo metido bastante por la línea lateral, el fogonero Smith amenguó la velocidad de la locomotora y luego volvió a ponerla en la velocidad máxima— pero él, McPherson y mi lugarteniente inglés saltaron a tierra antes de que fuese demasiado tarde. Quizá ese retardamiento del tren fue lo que primero llamó la atención de los viajeros, aunque, para cuando se asomaron a la ventanilla, ya el tren avanzaba de nuevo a toda velocidad. Al pensar en el desconcierto que sintieron, tengo que sonreírme. Imagínese el lector cuáles serían sus propias sensaciones si, al sacar la cabeza por la ventanilla del lujoso coche, advirtiese de pronto que el tren corría por una vía oxidada y carcomida, de un color encarnado y amarillento por la falta de uso y por el abandono. ¡Que vuelco les daría el corazón cuando se dieron cuenta de que al final de aquella vía siniestra de ferrocarril no se encontraba Manchester, sino la muerte! Pero el tren corría a una velocidad increíble, saltando y balanceándose sobre las vías podridas, en tanto que las ruedas chirriaban de manera espantosa sobre la superficie de los rieles. Pasaron a muy poca distancia de mí y pude ver sus semblantes. Caratal rezaba, según me pareció, o al menos tenía colgado de la mano algo parecido a un rosario. El otro bramaba como un toro bravo. Nos vio en lo alto del talud y nos hizo señas lo mismo que un loco. En seguida dio un tirón a su muñeca y arrojó por la ventana hacia nosotros su cartera de documentos. Estaba claro lo que

quería decimos. Aquellas eran las pruebas acusadoras y, si les perdonábamos la vida, ellos prometían no hablar jamás. Nos habría causado gran placer el poder hacerlo, pero el negocio es el negocio y el tren estaba ya fuera de nuestro control.

»Aquel hombre cesó de chillar cuando el tren dobló entre retumbos la curva y se presentó la negra boca de la mina ante ellos. Habíamos quitado las tablas que la cerraban, dejando libre la entrada. En los tiempos en que la mina trabajaba, los rieles de la vía llegaban hasta muy cerca del montacargas, para mayor comodidad en el manejo del carbón, sólo tuvimos que agregar dos o tres rieles para que alcanzasen hasta el borde mismo del pozo de mina. En realidad, como la longitud de los carriles no coincidía exactamente, la línea sobresalía unos tres pies de los bordes del pozo. Vimos asomadas a la ventana dos cabezas: la de Caratal debajo y la de Gómez encima; pero tanto el uno como el otro habían quedado mudos ante lo que vieron. Parecía que el espectáculo los había paralizado.

»Me preguntaba cómo el tren, a toda velocidad, caería en el pozo hacia el que lo había dirigido, y sentía vivo interés por contemplar el espectáculo. Uno de mis colaboradores opinaba que daría un verdadero salto saliendo por el otro lado, y la verdad es que estuvo a punto de ocurrir eso. Sin embargo, por suerte, no llegó a salvar todo el hueco y los parachoques de la locomotora golpearon el borde contrario del pozo con un estrépito espantoso. La chimenea de la locomotora voló por los aires. Los coches y el furgón quedaron destrozados y aplastados, formando un revoltijo que, junto con los restos de la máquina, cegó por un instante la boca del pozo. En el acto cedió alguna cosa en el centro del montón y toda la masa de hierros, carbón humeante, aplicaciones de metal, ruedas,

madera y tapicería se hundió con estrépito, como una masa informe, dentro de la mina. Escuchamos una sucesión de ruidos y golpes producidos por el choque de aquellos restos contra las paredes del pozo; y al cabo de un rato nos llegó un estruendo ensordecedor. El tren había tocado fondo. Debió de estallar la caldera porque después de aquel estruendo se produjo un estampido seco y subió desde las profundidades, hasta salir al exterior formando torbellinos, una espesa nube de vapor y de humo, que cayó sobre nosotros como un chaparrón de lluvia. El vapor se deshilachó luego y volvió a reinar un silencio absoluto dentro de la mina de Heartscase.

»Una vez realizados con tanto éxito nuestros proyectos, sólo nos quedaba ya retirarnos sin dejar rastro. Nuestra pequeña cuadrilla de trabajadores que había quedado en la cabecera de la línea, había levantado los raíles y desconectado aquella, dejándolo todo como había estado antes. No menos activamente trabajamos nosotros en la mina. Arrojamus la chimenea y otros fragmentos dentro del pozo, cubrimos la boca de éste con las tablas, tal y como estaba siempre, y levantamos los carriles que llegaban hasta el pozo, retirándolos de aquel lugar. Después, sin demora, salimos del país. La mayoría marchamos a París, mi colega inglés se dirigió a Manchester y McPherson emigró a Norteamérica. Léanse los periódicos de aquellas fechas y verán con qué perfección hicimos nuestro trabajo y cómo hicimos perder nuestra pista a sus sabuesos.

»Se recordará que Gómez tiró por la ventana su cartera. Yo me apoderé de ella y la entregué a quienes me habían encomendado el trabajo. Interesará a mis patronos saber que saqué de la cartera un par de documentos como recuerdo de la hazaña. No tengo deseos de publicarlos; pero, ¿qué me queda, pues, por hacer

si mis amigos no acuden en mi ayuda cuando yo los necesito? Caballeros, crean ustedes que Herbert de Lernac es tan extraordinario de enemigo como lo fue de colaborador y que no es hombre que se deje llevar a la guillotina sin antes hacer que todos ustedes se vean en camino hacia el presidio de Nueva Caledonia.

Dense prisa, por su bien, el señor de*, general* y barón* (pongan sus respectivos nombres en los espacios en blanco). Les prometo que en la próxima edición no quedará ningún espacio en blanco.

»P. D. Al releer mi exposición observo que he pasado por alto un detalle, el referido al desdichado McPherson, que tuvo la estupidez de escribir a su mujer, citándose con ella en Nueva York. No podíamos tener confianza en McPherson después de que este faltó a su juramento escribiendo a su esposa. Tomamos por consiguiente las medidas necesarias para que no llegara a entrevistarse con ella. A veces he pensado que sería amable escribirle a esa mujer y darle la seguridad de que no hay impedimento alguno para que contraiga nuevo matrimonio.

INCENDIO EN EL BOSQUE
de
Pedro Amorós

PEDRO AMORÓS

(Murcia, 1966). Es profesor de historia, guionista y doctor en la especialidad de historia antigua por la Universidad de Murcia.

Ha escrito diversos artículos relacionados con la historiografía y la historia antigua en revistas y publicaciones especializadas.

Ha publicado la novela *Bajo el arco en ruina* y ya en Ediciones Irreverentes la obra de teatro *Beatriz Cenci, una historia romana* y la novela negra *El recodo del río*. También ha participado en las antologías *Las estratagemas del amor*, *Yo también escuchaba el parte de RNE*, *Microantología del microrrelato* y en la *Antología del relato negro I*. Ha publicado trabajos de historia como *La tradición en Platón*, *Lengua e historia en Platón*, y *La fuerza progresiva del cristianismo y la unidad de la nación alemana*.

Anhelaba la redención de sus pecados. O al menos eso pensaba cuando, al adentrarse en los bosques del valle del Tiétar un 26 de junio de 1966 –vestido con unos harapos que apenas le cubrían la parte inferior de su cuerpo, remedando la figura de un ermitaño y llevando sobre su conciencia la visión de sus numerosos crímenes–, recordó unas palabras que de pequeño había leído en un opúsculo cuyo nombre estaba en una nebulosa, difuminado entre la memoria y el olvido: «Fui a los bosques porque deseaba vivir en la meditación, afrontar únicamente los hechos esenciales de la vida, y ver si podía aprender lo que ella tenía para enseñarme; no sucediera que, estando próximo a morir, descubriese que no había vivido.» En realidad, él ya no quería vivir, sólo deseaba expiar su pasado imitando la forma de vida de un eremita, comportándose como un penitente solitario. Y había elegido los bosques de su infancia.

Rememoraba –iniciando de este modo su expiación–, mientras se internaba en el valle del Tiétar, los detalles de todas las infamias que había cometido, convertidas en imágenes en su mente y en realidades pictóricas sobre el lienzo: un niño con el cuello partido en las aguas del Tajo, un muchacho con el cuerpo destrozado junto al castillo de Arenas de San Pedro, un estudiante de Bellas Artes con la cabeza empotrada en un pupitre, y, en fin, un hombre crucificado en el baldaquino de una cama y una mujer con los ojos

quemados. Pero, sobre todo, rememoraba un incendio que había tenido lugar años atrás en el mismo valle por el que ahora transitaba y que había sido fuente de inspiración para un cuadro pintado en su estudio de la madrileña calle León y titulado «Incendio en el bosque.» Apenas estorbaba su viaje hacia el interior del valle un reducido equipaje formado por varios lienzos pictóricos, un cetro labrado en plata, un cráneo, un reloj de arena, una piedra y las sagradas escrituras. Ataviado con una suerte de sábana blanca y unas sandalias, desde lejos llamaba la atención la enorme longitud de su barba blanca, que alcanzaba el pecho, y su extremada menudencia y palidez. Sorteaba los árboles del camino con la seguridad de saber cuál era su destino.

Tras abandonar la capital, dejar la pintura y despojarse de sus vestidos de época, había sentido durante mucho tiempo, a lo largo de sus viajes, una especie de vacío en su interior. Tratando de dar sentido a su existencia había recorrido los lugares más inexplorados del planeta, mas no le gustaba nada lo que hacía, hasta que un buen día, visitando la abadía de Montserrat una experiencia única había conmovido su alma llenando de buenos propósitos su vida futura. Contempló con devoción, aquel día tan particular, un cuadro de Michelangelo Merisi da Caravaggio, *San Jerónimo penitente*. Absorto ante la imagen del santo –con el torso desnudo y cubierto por un paño blanco en la parte inferior– meditando delante de un cráneo, iluminado por una luz cenital sobre un fondo negro, tuvo el presentimiento de que había encontrado el personaje que andaba buscando. Avejentado y cansado, el santo parecía reflexionar, delante de la calavera, sobre el paso del tiempo y el sentido de la existencia humana, reproduciendo de este modo sobre el lienzo las mismas sensa-